

Hormiguero de laboratorio

■ ■ Nora Carolina Rodríguez Sánchez*

La mayor parte de tu vida en la secundaria estuviste yendo a visitar a tu hermano a Tamatán, en Ciudad Victoria. Corría el último año de los sesenta y los primeros de los setenta del siglo XX y en la ciudad de Monterrey, la policía judicial encontraba vigilantes gratuitos entre los vecinos y los compadres.

Tú quieres a tu vecina porque la ves desde niña, porque crees que te quiere y tú nada sabes de líos políticos. Fue una buena oportunidad para conocer de izquierdas y de derechas. De lealtades y de traiciones. Quién lo diría, la vecina y su familia daban los pitazos a los judiciales. La gente muestra lo que es y cómo piensa con su actuar.

En el colegio todo parecía tener apertura al conocimiento, así que cosa que dijeras tenía cabida. Les daba por llenarte el buche de contenidos universales, inspirados en el positivismo de aquellos próceres como Gabino Barreda y Justo Sierra. Pero también sabías que a la profesora Otilia no le gustaba tu familia. Son revoltosos, dijo cuando pasaste a su lado. La profesora fruncía la nariz como si algo nauseabundo la hubiera alcanzado. Ahora lo sé: era su conciencia.

Habían pasado las olimpiadas en México, la masacre de Tlatelolco y todavía no era el jueves de Corpus, pero para entonces tú con menos de 13 años ya habías entendido por qué tuvieron que deshacerse en tu casa de un montón de literatura comunista, que los de fuera de la familia consideraban como nefasta, tendenciosa, de ideas que iban contra la moral y la decencia. Subversivos. Entendiste de clandestinidad y de prohibiciones. Demasiado temprano si me apuras.

Sentada en una larga banca de madera en un pasillo oscuro, en una cárcel húmeda, escuchabas a tu hermano contar que ese mes habían conseguido unos vidrios para construir una casa de hormigas. Que no

fue sencillo porque cualquier cosa ahí adentro es como un arma y los vidrios no son nada seguros. Total, que las hormigas formaron sus galerías rápidamente y a través de la transparencia las veías ir de aquí para allá, encontrarse una con otra saludando con las antenas. Tú te entretenías mirando cómo por esos caminos de tierra ellas iban tan ajenas a todos.

Ellos, los presos, intentaban continuar viviendo ahí encerrados como si fueran unos estudiantes que tropezaron y se rompieron el hocico. Nada más. Eran tan parecidos a esas hormigas haciendo como que hacían sin poder salir de esas paredes, de esas rejas, de ese olor penetrante. El área de celdas de la cárcel tenía tal vez tres pisos. Había una especie de patio central con mesas de cemento y bancas del mismo material, frías y duras para pasar un rato desagradable.

Ya sabes que siendo menor las dimensiones son distintas a cuando creces, entonces veías que los presos que estaban allá arriba se miraban como unos sujetos fuertes y poderosos. Recuerdas a ese tipo muy blanco, con cabello rizado y oscuro, que usaba una camisa roja con dos botones abiertos, así que su imagen coincidía con “El Valiente” de la Lotería, y que pertenecía a un grupo de colombianos presos por ve’ a saber qué cosa. El acento de su país era por demás atractivo. Gritaban a otros y se solazaban asustando a los visitantes. Aunque intentabas tener miedo, pero la curiosidad te ganaba.

Tu madre preparaba toda una colección de alimentos para llevar y, después, ver cómo partían el pan o hurgaban en los contenedores de guisados al ingresar al penal para “revisión” siempre te enojaba un poco. La familia se molestaba por el trato, pero era la norma. Para qué mencionar las revisiones corporales.

Así pasaste varios años, mientras el proceso legal caminaba lentamente. Al inicio todo fue confusión y desconcierto. Nadie en la casa entendía qué era eso de que tu hermano fuera a robar un banco, con veinte

* Nacida en Monterrey en 1957. Profesional de la educación, ha colaborado en publicaciones como *A Lápiz*, *Conciencia Libre*, *La Quincena*, *Nosotras y Trastienda*.

años apenas ¿qué clase de guerrillero podía ser? Tu otro hermano, abogado más versado en cuestiones políticas, habló con tu padre y rápidamente se pusieron en contacto con unos magistrados para que no lo fueran a llevar al Campo Militar No.1, ahora de triste memoria. Tú solo veías movilización acelerada en tu casa cuando pasaban otras cosas en la ciudad o en la capital, que si secuestraron a un personaje, un avión de Mexicana, el robo de algún banco. Curiosamente la policía, la gente y hasta tu hermano el abogado, creían que detrás de alguna de esas cosas estaba el preso. ¡Pero si estaba preso! Dijeron que serían “considerados”, que los tratarían como presos políticos. ¿Qué era eso? ¿En qué libro venía eso?

Tú seguías creyendo que él no tenía nada que ver y el paso del tiempo solo deja ver que es necesario entender de ideología. Sus convicciones y su actividad en el movimiento ese a través de una célula y todo ese discurso que a la distancia pareciera utopía queda para la historia.

Ganaron algunas batallas matando personajes, a algunos hasta los hicieron mártires, como si el futuro del capitalismo regio se pudiera truncar matándoles a un millonario. Robaron algunos bancos para financiar la guerrilla. Los judiciales y las fuerzas armadas desaparecieron a muchos jóvenes, a muchas mujeres. Obviamente las bajas fueron más nutridas del lado de los de izquierda, de nuestro lado. Yo conozco algunas personas que perdieron a su hermano o a su hermana. Duele mucho más que la pérdida del magnate.

Cada uno en la familia vivió todo ese periodo de distinta manera. Tu mamá sufría horrores saber que él estaba encerrado. Tu creciste con una visión muy severa del activismo, resanando las heridas que dejó ese trajinar, sin dejar de lado que era necesario fingir que todo iba a estar mejor y hasta pretender hacerle creer al preso que una entidad superior se apiadaría de él.

Así veo a la distancia a la niña sentada en la banca fría, húmeda y pestilente en esa cárcel.